

Medicina y cirugía espiritistas

En tanto que la mayoría de los métodos diagnósticos y terapéuticos de los que en esta obra tratamos pueden, al menos en teoría, ser sometidos a estudios controlados que permitan establecer su verdadera eficacia, en el tema que nos ocupa en este capítulo el asunto es más complejo y a la vez más inquietante.

En el mejor caso, nos hallamos frente a ingeniosos fraudes; en el peor, frente a la manipulación consciente o inconsciente de poderes ocultos. No es casualidad que los curadores psíquicos sean casi siempre adeptos a alguna variante del espiritismo.

Escepticismo y discernimiento

Porque tranquilizaría nuestra mente y nuestro corazón, nos gustaría adherir a la creencia de los investigadores escépticos que consideran explicables por causas naturales –sugestión, fraude, etc.– *todos* los casos de diagnóstico o sanidad psíquica. Lamentablemente, una explicación tan trivial no siempre es posible.

«Alentamos el escepticismo como una necesidad para detectar fraudes y curaciones dudosas, pero más aún

deseamos crear un saludable respeto por lo que la Escritura denomina guerra espiritual –el invisible pero mortal conflicto cuyas líneas de batalla son la plataforma de discursos de los parapsíquicos. Para este estudio necesitamos no solamente la capacidad de dudar, sino también la sabiduría para discernir» (Reisser y otros, p. 101).

Un sano escepticismo es necesario. Muchos entusiastas de lo paranormal aceptan como verdaderas las presuntas curaciones psíquicas efectuadas por curanderos de toda laya. Es evidente en estos casos la ausencia de un conocimiento siquiera superficial de los métodos que la medicina moderna emplea para evaluar la eficacia de *cualquier* procedimiento de diagnóstico o tratamiento. Faltan los necesarios recaudos para valorar la influencia de factores como el curso natural de la enfermedad, el poder de la sugestión, el efecto placebo, etc. (tratados en el capítulo II). La mayoría de los informes sobre curaciones parapsíquicas proceden de testimonios de pacientes satisfechos o de testigos no calificados para describir correctamente los hechos, y mucho menos para evaluarlos. Es como si la eficacia de un nuevo antibiótico quisiese demostrarse tanto por testimonios de pacientes sanados como de los vecinos que les vieron tomar el fármaco, sin siquiera saberse en primer lugar cuál era la enfermedad.

En efecto, en la enorme mayoría de las curaciones psíquicas falta toda precisión acerca de la naturaleza de la enfermedad tratada, empleándose términos vagos como «un problema renal», «un tumor» o incluso «energía negativa acumulada».

Por otra parte, se requiere también *discernimiento*. Es obvio que la «evidencia» presentada es normalmente defectuosa o poco convincente, pero hay ocasiones en que es difícil rechazar la posibilidad de poderes sobrenaturales.

Edgar Cayce

Como decíamos, hay casos que, examinados por expertos, no pueden explicarse totalmente por la evidencia disponible. Así ocurrió con Edgar Cayce (1877-1945), que fue escrutado por peritos sin que se detectase fraude. Cayce era un inculto granjero de Kentucky, que sufría trances durante los cuales podía diagnosticar enfermedades y prescribir tratamientos detallados –usualmente curativos– teniendo como únicos datos el nombre y el lugar de residencia del paciente. Durante más de 40 años, Cayce trató miles de pacientes y dejó una enorme cantidad de notas, sin jamás recordar el contenido de sus trances. Aunque inicialmente consideró que el origen de su poder podía ser diabólico, abandonó luego tales escrúpulos. Se persuadió de que el suyo era un don de Dios para el bien de la humanidad, y él no podía rechazar la misión para la cual había sido elegido...

Claro está que hay zonas oscuras en el proceder de Cayce. Por ejemplo, no se comprende por qué rehusaba ver o examinar personalmente a sus «pacientes».

¿Era, como él decía, para no ser «influenciado» en su diagnóstico, o se trataba de una actitud calculada para dar más espectacularidad a su obra y servir de excusa ante los fracasos? Porque no debe creerse ingenuamente en los «miles de casos» presuntamente diagnosticados y sanados, sino exigir evidencia sustancial y persuasiva, que es precisamente lo que falta.

Inicialmente las declaraciones que Cayce hacía durante sus trances carecían de contenido filosófico o religioso, pero tras asociarse en 1923 con el ocultista Arthur Lammers, Cayce comenzó a dar oráculos que sostenían nociones monistas (Todo es Uno), reencarnacionistas y kármicas, desarrollando una doctrina que podría describirse como una especie de teosofismo, o variante cristianizada de doctrinas hindúes y budistas.

Además de los diagnósticos psíquicos, el vidente dedicó cada vez mayor parte de sus trances a leer las presuntas *vidas pasadas* de personas.

En otras palabras, sus «diagnósticos» devinieron enseñanzas teosóficas. Por ejemplo, Ruth Tucker cita su declaración acerca de un paciente con la enfermedad degenerativa conocida como esclerosis múltiple:¹

«La ley de causa y efecto está siendo aquí demostrada. Se están cumpliendo las condiciones kármicas. Porque como fue dado antiguamente, cada alma dará cuenta de toda palabra necia proferida. Habrá de pagar completamente su deuda. La entidad [espiritual] está en guerra consigo misma.»

Esta clase de «diagnóstico» es tan inútil como indemostrable, y además carece de valor terapéutico.

En los miles de lecturas de anteriores encarnaciones aparecen algunos errores evidentes, además de inquietantes implicaciones doctrinales, como que, según Cayce, el Adán que pecó en el Edén y Jesús de Nazareth eran *una misma persona*.

Además, Jesús habría sido solamente uno más de entre muchos iluminados. Dios es a la vez masculino y femenino, y desconoce el futuro. El hombre debe salvarse a sí mismo, ya que todo hombre es Hijo de Dios (McDowell y Stewart, p. 30). También se le conocen falsas profecías, como su predicción de la destrucción de California por un terremoto en la década de 1970.

La Asociación para la Investigación y la Iluminación

Quienes continuaron la obra de Cayce mediante la *Asociación para la Investigación y la Iluminación* emplearon las notas de Cayce para profundizar el aspecto esotérico. Empero, no parecen haber igualado el talento diagnóstico de Cayce. A pesar de ello, la *Asociación* llegó a ser la principal avanzada en Estados Unidos de las creencias reencarnacionistas hindúes adaptadas al gusto americano. Detrás de

una fachada terapéutica, la institución apenas disimula su propuesta de transformación individual según las doctrinas ya mencionadas.

La mayor parte de los sanadores psíquicos modernos, como Olga Worrall, W. Brugh Joy y Lawrence LeShan, sea que hayan estado vinculados directamente con Cayce o no, comparten en lo sustancial los puntos de vista de éste; así, consideran que lo suyo es una ciencia y un arte que admite las nociones del hinduismo sobre monismo, reencarnación y karma, rescata aspectos valiosos de la sabiduría de antiguas civilizaciones, combina elementos exotéricos y esotéricos. El resultado final es que, según ellos, pueden canalizar, concentrar y controlar la misteriosa y omnipresente *energía cósmica*.

Independientemente de los dudosos resultados que sus métodos puedan presentar en el tratamiento de dolencias físicas, existe un peligro cierto de extravío espiritual para quienes incautamente se acercan a estos sanadores.

Cirugía psíquica

Otro tanto ocurre con los denominados *cirujanos psíquicos*, todos los cuales están vinculados de modo más o menos directo a círculos espiritistas. Por ejemplo, el filipino Tony Agpaoa sigue los métodos de la llamada *Unión Espiritista Cristiana*, y afirma que su cirugía no se efectúa sobre el cuerpo físico, sino sobre el «cuerpo astral», una sutil entidad que penetra y envuelve al cuerpo físico. Los cirujanos psíquicos de las Filipinas pretenden realizar operaciones de cirugía mayor a mano desnuda, y sin precauciones antisépticas. Tales complejas intervenciones no requieren anestesia, ni dejan rastros en la piel del paciente.

Una autora describe la técnica de Agpaoa como sigue:

«Se presenta acompañado de un joven ayudante, que lleva un maletín con una sábana de plástico, algodón, una toalla, cuencos y unos fórceps. La sábana de plás-

tico se coloca sobre la cama, con una toalla encima. Se empapa de agua el algodón y se lava el área operatoria. A veces, realiza unos cuantos pases magnéticos sobre la cabeza del paciente... después de rezar una breve oración, se declara dispuesto para operar. Primero suele extender un poco de crema sobre el área operatoria y rodearla de algodones húmedos. Luego coloca los dedos de las manos sobre la piel, e inicia un movimiento como si estuviera amasando, rítmicamente. Da la impresión de que estuviera tirando de algo, al tiempo que mantiene abierta la carne del enfermo, que parece tender a cerrarse en cuanto él retire sus manos. La sangre brota de repente (muchos equipos científicos comprobaron que se trata de sangre humana). Entre los dedos del curandero se ve ahora lo que parece una masa de tejidos orgánicos. El ayudante corta los tejidos y los retira (también se ha comprobado que son tejidos humanos). Después de prolongar un rato el proceso, el curandero retira sus manos del enfermo. El ayudante enjuga la sangre y limpia la piel. No hay cicatriz, ni señal alguna. La operación dura de dos a cinco minutos. El paciente se levanta y se marcha, dando lugar al siguiente» (Coxhead, p. 185s).

La «cirugía psíquica» filipina es con toda probabilidad fraudulenta. Basta ver las filmaciones y las fotos de operaciones para sospechar el engaño. En ninguno de los casos que yo he visto, ni en los informes de testigos presenciales, se pueden observar de manera precisa las vísceras del paciente (corazón, pulmones, estómago, intestino, etc.). Se *presume* que el paciente ha sido psíquicamente abierto, por la aparición de sangre o de líquido sanguinolento.

En 1977 el ilusionista Kassagi, tras observar en el terreno los procedimientos de los filipinos, expuso con detalle las técnicas de prestidigitación que emplean. Mediante pases de ilusionismo ocultan tejidos animales o humanos traídos de antemano, y luego hacen que aparezcan como provenientes del interior del mismo paciente. Logran la aparición de

sangre ora trayéndola líquida en una bolsita que se rasga con la uña, ora trayéndola seca y humedeciéndola con el agua que emplean en abundancia durante la «intervención».

Que la sangre que aparece sea en *algunos casos* de origen humano no prueba en modo alguno que provenga de el paciente supuestamente intervenido; la sangre es un tejido fácil de obtener. Sería de desear que se probase si la sangre corresponde realmente a la del paciente, según sus grupos sanguíneos ABO y otros determinantes fáciles de demostrar. De igual modo, los tejidos orgánicos no solamente deberían ser humanos —cosa que no siempre ha ocurrido— sino que además deben corresponder al órgano presuntamente operado y ser *frescos*. El olor fétido que según el escritor Pedro Romaniuk emana de los tumores extraídos «psíquicamente», que él considera evidencia de la malignidad de dichos tumores, corresponde más probablemente a la putrefacción más o menos avanzada de los trozos de vísceras que el «cirujano» trae de antemano. Los tejidos tumorales no se diferencian de los normales por su olor, sino por su estructura macro y microscópica. Si los tumores malignos pudiesen reconocerse por el olor, la tarea de los médicos oncólogos se vería notablemente facilitada.

En resumen, para poner a prueba la realidad de una cirugía psíquica sería necesario:

1. Un diagnóstico preciso y bien documentado del supuesto problema previamente a la operación.
2. Un examen macroscópico y microscópico de la pieza extraída por parte de un patólogo, y
3. Controles del estado del paciente con posterioridad a la presunta intervención.

Sin embargo, tales precauciones tienden a ahogar el poder sanador de los metapsíquicos. El simple escepticismo puede bastar para debilitar considerablemente los dones curativos. Además, los mismos cirujanos enseñan que sus curaciones se realizan en un nivel espiritual muy superior al material, y que ellos dicen producir (parapsíquicamente)

la evidencia física para fortalecer la fe del paciente en su propia curación.

Según la conocida actriz y bailarina Shirley MacLaine, abanderada del denominado movimiento de la Nueva Era y entusiasta de la cirugía psíquica tras observar y experimentar al prodigio filipino Alex Orbito, las evidencias físicas son totalmente secundarias:

«En cuanto “desmaterializan” la epidermis para entrar en el cuerpo, “materializan” la sangre y los coágulos para efectuar la curación. Dicen que, de todos modos, el cuerpo es solamente una ilusión, que lo físico es únicamente la manifestación del propio pensamiento» (p. 205).

Shirley MacLaine piensa que los intentos por demostrar la mendacidad de estos «cirujanos» proviene del miedo a lo desconocido o del afán de lucro. Es comprensible que ella acepte sus explicaciones, pues éstas confirman las ideas que la actriz tiene de la realidad: «lo físico es fundamentalmente una coagulación de moléculas producto de nuestra conciencia».

Para oídos un poco más críticos, las ingeniosas explicaciones de los filipinos suenan como excusas para ocultar sus fraudes. Dicen que no es necesario producir tales «materializaciones», pero es dudoso que tuviesen seguidores si no las produjeran. Dicen que lo físico no es importante, pero presentan evidencia física. Dicen que la curación se produce en el cuerpo astral, pero pretenden probar ésta con trozos de vísceras de origen desconocido. En pocas palabras, emplean lo físico para alentar la fe de sus seguidores, pero lo desprecian cuando sus prácticas son cuestionadas.

Los falsos cirujanos son notoriamente más materialistas a la hora de los honorarios. El citado Alex Orbito, por ejemplo, cobró 100 dólares por minuto en una reciente gira estadounidense. Otro «cirujano» filipino llamado José Bugarin, conocido como el Hermano José, fue sentenciado a prisión en 1988 en California (EE.UU.) por fraude. Aunque alegó

haberse sacrificado por su religión, el juez consideró que ganar 500 dólares la hora por engañar a la gente no es un sacrificio según las leyes californianas. Bugarin pertenece a la *Unión Espiritista* filipina, y es uno más de la legión de curanderos peligrosos. Una paciente a quien se le había diagnosticado cáncer, sufrió metástasis (generalización) tiempo después de haber sido «operada» por Bugarin.

En nuestro país tampoco faltan quienes practican la «cirugía parapsicológica», como el señor Ricardo Gil Lecha, de Capilla del Monte (provincia de Córdoba). Gil Lecha usa aparentemente técnicas semejantes a las de los filipinos.

En noviembre de 1990, el audaz curandero apareció «operando» ante las cámaras de un noticiario a un hombre de 68 años. Dos días más tarde, un prestidigitador profesional llamado Aries se presentó en el mismo medio y mostró ante las cámaras en primer lugar un espectáculo igual que el de Gil Lecha, y luego explicó en detalle cómo lo había hecho. Aries (nombre profesional de L. Enrique Márquez) fue en representación del recientemente fundado *Centro Argentino para la Investigación y Refutación de la Pseudociencia*.²

La grabación de Aries fue transmitida a todo el país los días lunes 19 y martes 20 de noviembre de 1990.

El caso Arigó

Uno de los mayores fraudes en la historia moderna del curanderismo fue el de José Pedro de Freitas, más conocido como *Zé Arigó*, un brasileño del pueblo de Congonhas do Campo, fallecido en un accidente en 1971.

La campaña publicitaria montada en torno de este hombre estuvo tan bien instrumentada, que una fuente en general confiable como el libro de Reisser, Reisser y Weldon (*New Age Medicine*) suscribe como veraces informaciones absolutamente falsas sobre el curandero brasileño. La leyenda de Arigó, que muestra similitudes difícilmente casuales con la de Edgar Cayce, podría llenar varios libros, pero puede resumirse como sigue.

Los espíritus eligieron a Freitas como vehículo para la encarnación del doctor Adolfo Fritz, supuestamente un médico alemán fallecido en 1918. Aunque al principio vaciló, decidió seguir el llamado de los espíritus tras realizar bajo el control de Fritz dos intervenciones quirúrgicas de cánceres diagnosticados por médicos, una de pulmón (al senador Lucio Bittencourt) y otra de útero, por vía vaginal. Esta segunda operación fue realizada ante testigos, y la pieza quirúrgica fue examinada.

Además de realizar toda clase de cirugía, Arigó-Fritz hacía diagnósticos precisos y prescribía medicamentos capaces de sanar a personas desahuciadas por la medicina convencional. En sus últimos años, atendía cerca de 500 personas por día, la enorme mayoría de ellas venidas de lejos, incluso del extranjero. Entre 1950 y 1971, Arigó habría tratado alrededor de un millón de personas, y el 90% de éstas habrían sanado o mejorado.

Se dice que el brasileño fue estudiado minuciosamente, fotografiado y filmado por expertos, sin que se detectase fraude alguno en sus procedimientos. A diferencia de los cirujanos filipinos, los poderes de Arigó no eran «inhibidos» por la presencia de escépticos. Uno de los principales difusores de los prodigios de Arigó fuera del Brasil fue el médico Henry (Andrija) Puharich, que llamó al curandero «la Octava Maravilla del Mundo», y le consideró un mensajero de los poderes superiores del universo.

Algunos de los pacientes de Arigó le dieron gran celebridad. Se dijo que había operado de una grave afección ocular (glaucoma congénito) a un hijo del conocido cantante Roberto Carlos. También habría sanado de una severa desviación de columna a la hija del ex presidente del Brasil, Juscelino Kubichek. Cuando Arigó fue llevado a juicio por ejercicio ilegal de la medicina –debido al odio de los médicos y de la iglesia católica– no se halló testimonio en su contra, sino una serie impresionante de curaciones.

Aparentemente, consideraba su tarea como un servicio de caridad. Una vez se le preguntó si vivía de sus curaciones. Su respuesta fue tajante:

«Yo no vivo de eso. Todo el mundo sabe que jamás recibí ni un céntimo siquiera, o un regalo, a cambio de la caridad que practico» (*cit.* por González Quevedo, p. 33).

Hasta aquí el mito; ahora presentaremos algunos hechos. Quien mejor ha investigado el caso de Arigó es sin duda el sacerdote jesuita y estudioso parapsicólogo, Óscar González Quevedo, cuyo libro *Los Curanderos* contiene documentadísima información que muestra irrefutablemente la mendacidad de Arigó y sus promotores.

Su desprendimiento

Es posible que Arigó no cobrase sus consultas, pero no cabe duda que se enriqueció con su práctica. Este empleado público con vocación de sanador llegó a poseer tres fincas y una fortuna en efectivo y acciones, según se supo luego de su muerte. Al mismo tiempo, enriqueció a su familia y allegados. De su hermano Walter era el principal hotel de Congonhas, cuyos ingresos provenían mayormente de los viajeros que iban a consultar a Arigó.

En Congonhas había dos farmacias, ambas pertenecientes a familiares de Arigó. Los medicamentos que éste indicaba costaban en promedio cien dólares por receta, y debían adquirirse en una de esas dos farmacias. Se estima que la farmacia Brasilia, de su cuñado Betinho, facturaba en 1968 la bonita suma de 300.000 dólares mensuales, por medicamentos recetados por el Zé Arigó. En resumen, el curandero y su familia se enriquecieron y llegaron a poseer un tercio de los campos de Congonha. Poco antes de morir, Zé Arigó había planeado construir su propio hospital privado, «Frai Fabiano de Cristo», que sería nominalmente dirigido por un cómplice médico.

Su ambiente

Como puede comprenderse, Arigó llegó a ser la principal fuente de divisas de su ciudad, generadas por el constante aflujo de turistas que iban a consultar al prodigio. Otro de

sus hermanos poseía una estratégica tienda de recuerdos para turistas. Había varios servicios diarios de ómnibus para abastecer la demanda, y cada ómnibus era recibido por chiquillos que gritaban el sobrenombre del curandero. Arigó llegó a ser el eje de una vasta red de intereses creados y negocios de dudosa honestidad, que un testigo caracterizó como una auténtica *mafia*.

Así las cosas, se comprende que la muerte de Arigó significó la ruina de más de uno, al punto que su hermano Walter (el dueño del hotel) y otro allegado intentaron suicidarse.

Sus médicos

Uno de los hechos más significativos, que por sí mismo origina fuertísimas dudas sobre los poderes de Arigó, es que hasta su muerte él se hizo atender por un médico de confianza, el mismo que lo asistió cuando durante su segunda condena a prisión, fue víctima de un infarto cardíaco. El curandero padecía de serios problemas circulatorios, que su médico José Francisco Jaimes atribuía a la voracidad de su paciente.

Arigó no sólo desconfiaba de los espíritus para tratar sus propias dolencias. *Tampoco trataba a sus familiares y amigos, sino que los enviaba a consultar a profesionales médicos.* Del mismo modo, la población autóctona de Congonhas rara vez consultaba al prodigio local, que reservaba «para exportación». El 90% de los lugareños consultaba a los profesionales de la filial local del Instituto Nacional de Previsión Social.

Sus operaciones

Éstas fueron objeto de toda clase de exageraciones. En la primera de sus «intervenciones», realizada en 1950 sobre el senador Bittencourt, éste estaba inconsciente y no hubo testigos.

El «tumor» había sido diagnosticado radiológicamente y no hubo examen de la pieza supuestamente extirpada. La segunda operación, atestiguada por el médico espiritista

Cícero Valerio, fue la del «cáncer de útero» operado por vía vaginal. Aquí no hubo diagnóstico médico previo, ni examen microscópico de la pieza, ni inspección de la «herida quirúrgica», ni examen microscópico de la pieza extraída, que confirmase su origen humano y su naturaleza cancerosa. Tampoco se dijo nada sobre la posterior evolución de la paciente.

La verdad es que Arigó rara vez «operaba», y *nunca se documentó adecuadamente que hubiese practicado cirugía mayor* (de las cavidades abdominal, torácica o craneana). Según *sus propias declaraciones a la corte*, había dejado de operar en 1957. Es falso que tolerase el escrutinio de escépticos. Por ejemplo, desafiado por el padre González Quevedo a practicar una simple cirugía, respondió con un subterfugio (p. 210).

Sus operaciones eran en su mayor parte supercherías. Por ejemplo, solía impresionar a los neófitos con el truco de introducir un cuchillo entre el párpado y el globo ocular de un paciente, procedimiento muy impresionante pero inocuo y fácil de realizar.³ También solía operar pterigions, que son pequeñas excrescencias de la conjuntiva, sencillos de extirpar y de rápida cicatrización. Contrariamente a lo que se ha dicho, nunca se atrevió a intervenir cataratas.

Otra leyenda fue la presunta operación de Segundinho, el hijo de Roberto Carlos. El niño requirió varias intervenciones... que fueron realizadas en Holanda por un especialista. Es cierto que *luego* el niño fue visto por Arigó-Fritz, pero éste ni operó, ni recetó, ni diagnosticó, sino que se limitó a ofrecer *su presencia* en caso de que el niño requiriese una nueva intervención. En breve, no aportó nada, ni solucionó problema alguno.

Sus curaciones

Los tratamientos no quirúrgicos de Arigó consistían en recetas tan inútiles como costosas, que forzosamente debían adquirirse en las farmacias de la familia. En general, se trataba de absurdas mezclas sin valor terapéutico alguno. Por añadidura, y a pesar de que pretendían ser estrictamen-

te individualizadas, de hecho eran *totalmente estereotipadas*. Por ejemplo, once personas con diferentes síntomas recibieron exactamente la misma receta de Arigó-Fritz!

También se le conocen graves errores de diagnóstico, como confundir albinismo con lepra. Como Edgar Cayce, en algunos casos declinaba tratar al paciente, so pretexto de que éste «debía pagar sus malas acciones cometidas en una encarnación anterior».

Bajo la dirección del padre González Quevedo, el *Centro Latino Americano de Parapsicología* (CLAP) extendió una encuesta a cerca de 30.000 personas. Se obtuvieron 1.117 respuestas de gente que había consultado al Zé Arigó. Los resultados:

Habían curado o mejorado	172	(15,5%)
Habían quedado igual	620	(55,5%)
Habían empeorado	44	(3,9%)
No sabían la evolución	281	(25,1%)

Los casos de evolución conocida suman 836. De éstos, 664 o casi el 80%, *no habían sido beneficiados por el curandero*. En cuanto al 20% restante, no es necesario invocar ningún prodigio; la evolución natural de las enfermedades sumada a otros tratamientos concomitantes nos bastaría para explicarlos.

Por lo demás, demostrar que *cualquier* curación se debió a la intervención de Arigó compete a sus defensores. Hasta el momento, podemos afirmar con confianza que *no hay evidencia firme de que Arigó haya curado jamás a nadie*.

Por el contrario, en algunos casos documentados su intervención fue decididamente perjudicial. Por ejemplo, un hombre concurrió a verlo convencido de que tenía cáncer, lo cual fue confirmado por Arigó. El médico que atendía regularmente al hombre estaba convencido que éste tenía un tumor benigno, pero el paciente rehusaba operarse debido al diagnóstico de Arigó. Llegó a pesar 37 kilogramos, y casi muere de consunción, mas al final permitió ser intervenido.

Se le extirpó un tumor benigno, y el paciente se recuperó... a pesar de Arigó.

También le cupo una desgraciada intervención en el caso de Marcia Kubichek, hija de un ex-presidente brasileño. La joven padecía de escoliosis (desviación de la columna). Consultó al curandero y sus dolores cedieron. Sin embargo, la enfermedad prosiguió su curso, y Marcia debió someterse a una delicada intervención realizada por el doctor Harrington, en el Hospital Metodista de Houston (Texas), con un postoperatorio de seis meses. Sin duda, la demora ocasionada por el falso tratamiento de Arigó sólo complicó las cosas. Sin embargo, en diversos medios la información se tergiversó hasta el punto de atribuirle al mismo Arigó la *curación* de Marcia. Esta manipulación de la información, que parece increíble, fue por el contrario una constante en la carrera de Arigó.

Su publicidad

En efecto, la prensa sensacionalista fue uno de los pilares de la injusta fama de Arigó como sanador. Desorbitadas exageraciones y mentiras descaradas se dijeron de él: que había curado al 90% de sus pacientes, que sumarían 4 millones de personas (!), que realizaba las más prodigiosas operaciones sin anestesia ni antisepsia, que grandes médicos e investigadores lo visitaban y estudiaban sus poderes, que era el mayor médico del Brasil, y un fenómeno parapsicológico inexplicable, etc.

Se hicieron programas de televisión amañados, y estrellas del espectáculo fueron sobornadas para avalar las maravillas del curandero de Congonhas. Se mintió a diestra y siniestra, y siempre que se pudo, se acalló a la oposición. Por ejemplo, los familiares de Arigó compraron el diario local *O Profeta*, cuyo director, Gualter Pereira Monteiro, era un implacable crítico del curandero. Sin embargo, detrás de toda esta mentira había algo todavía más siniestro que la codicia y el afán de lucrar con la desgracia ajena, a saber, el ocultismo espiritista.

Su servicio al espiritismo

Además de presidir el *Centro Espirita Jesus Nazareno*, situado al lado del hotel de su hermano, Arigó contribuyó decididamente a fortalecer el pujante espiritismo brasileño. Sin dudas, los líderes espiritistas estaban bien conscientes de esto, y justo es decir que fueron los principales propulsores del mito y de toda la propaganda en favor de la «Octava Maravilla», como también los más decididos defensores contra las críticas. La mayoría de los médicos que avalaron curaciones de Arigó, eran espiritistas militantes. No debe sorprender que el principal propagandista del curandero a escala internacional, Andrija Pujarich, sea un conocido ocultista y autor de libros como *El hongo sagrado* (1959), *Más allá de la telepatía* (1962) y *Uri: Un viaje al misterio de Uri Geller* (1974).⁴

En resumen, en nombre de la caridad Zé Arigó lucró deshonestamente y propulsó el avance de la doctrina espiritista en su país. Fueron muchos los que creyeron las mentiras de su propaganda y se convirtieron al espiritismo. Así, los falsos milagros de Arigó-Fritz se convirtieron en instrumentos para la eterna perdición de cuantos resultaron extraviados por este poder mentiroso.

NOTAS

1. Ruth A. Tucker, *Another Gospel: Alternative Religions and the New Age Movement*. Zondervan, Grand Rapids, 1989, p. 359.
2. Esta entidad edita una publicación trimestral denominada *El Ojo Escéptico* y ofrece asesoramiento frente a posibles fraudes pseudocientíficos o parapsicológicos. Su dirección es Casilla de Correo 26, Sucursal 25 (1425) Buenos Aires; teléfono 611 1300.
3. El padre González Quevedo presenta en su libro dos fotos (figuras 18 y 19) que lo muestran, respectivamente, a él introduciendo un cuchillo bajo su propio párpado, y una tijera bajo el párpado de un voluntario. Afirma que es un procedimiento simple y de muy escaso riesgo.
4. En esta obra, Pujarich exalta las fraudulentas maravillas de Uri Geller, el prestidigitador israelí que se hizo famoso como mentalista «dotado» en la década de 1970.